

toras me proponía viajar por un país que ha despertado mi simpatía, desde que su historia y su prosperidad están tan íntimamente ligadas con la gloria francesa. Pero un deber imperioso me llama al antiguo mundo: mi madre está peligrosamente enferma, y como ninguna consideración política puede retenerme aquí, parto para Inglaterra, desde donde intentaré pasar á Suiza.

»Señor presidente, desciendo con mucho gusto á estos detalles, porque podríais haber dado crédito á ciertas suposiciones calumniosas, según las cuales he contraído compromisos con el gobierno francés. Apreciando la actitud de los representantes de un país libre, me congratularía de que se supiera que, dado el nombre que llevo, me sería imposible desviarme ni por un momento de la senda que me trazan mi conciencia, mi honor y mi deber.»

El 12 de junio de 1837, Luis Napoleón se embarcaba en Nueva York en el *Jorge Washington*, que se daba á la vela para Inglaterra.

XVII

UNOS CUANTOS DÍAS EN LONDRES

Durante una travesía de veintitrés días, Luis Napoleón olvidó sus ensueños políticos. No tenía más que una idea fija: volver á ver á su madre. La víspera de su llegada á las costas de Inglaterra le escribió esta carta:

«9 de julio, en el mar.

»Querida mamá: Las noticias que he recibido acerca de vuestra salud me han inducido á volver lo más pronto posible á Europa. El buque más próximo á salir era el *Jorge Washington*, y al punto tomé pasaje en él. Tan pronto como llegue á Londres pienso pedir al embajador de Prusia un pasaporte para Suiza y reclamar la protección de su gobierno para quedarme allí. Creo que se me concederá; pero si se tuviera la crueldad de impedirme que fuera á cuidaros estando enferma, como entonces tendría que pasar algunos días en Londres, tened la bondad de escribirme aquí dándome noticias vuestras. Podéis suponer mi impaciencia por saber cómo seguís: paréceme mentira que tenga la dicha de veros dentro de tan poco tiempo. ¡Ah! ¡Cómo palpita ya mi corazón á la idea de subir la cuesta de Arenenberg! Si Dios permite que dentro de algunas semanas esté á vuestro lado, creeré que todo lo que me ha pasado ha sido un sueño.»

El príncipe desembarcó al día siguiente en Liverpool, echó esta carta al correo y pasó en seguida á Londres, desde donde escribió al rey Luis: «Querido padre: Aunque todavía estoy bastante lejos de vos, como el Océano no nos separa ya, me es grato pensar que puedo recibir noticias vuestras dentro de algunos días. El día de mi salida de Nueva York recibí con la mayor alegría una carta vuestra, porque el cariño de un padre y de una madre consuelan mucho..... Siete meses hace que partí de Europa y he pasado cinco en el mar. Confiaba en ver aquí á mi tío José; mas tan luego como supo mi llegada se marchó de Londres..... Me decís que mi madre está un poco mejor, á pesar de lo cual su enfermedad es bastante grave. También me decís que vuestra salud está quebrantada. ¡Habré de tener por todos conceptos motivos de dolor y de penas! aguardo aquí pasaportes con impaciencia: si se me niegan, yo sabré lo que tengo que hacer; pero el motivo de mi viaje es tan justo, que me parece imposible que opongan algún obstáculo.»

En la misma carta Luis Napoleón pintaba con sombríos colores el estado de su alma: «¡Si supierais, querido padre, cuán triste estoy en medio del bullido de Londres, solo en medio de parientes que huyen de mí ó de enemigos que me temen! Mi madre está moribunda y no puedo ir á consolarla como todo buen hijo: mi padre está enfermo y no me es dado ir á verle. ¿Qué he hecho para ser el paria de Europa y de mi familia? Enarbolar en un momento en una ciudad francesa la bandera de Austerlitz, y ofrecerme en holocausto á la memoria del cautivo de Santa Elena. ¡Ah, sí, podrá ser que censuréis mi conducta, pero no me neguéis jamás vuestro cariño, porque es lo único que me queda!»

Desde su llegada á Londres, Luis Napoleón procuró pedir un pasaporte para Suiza por mediación del príncipe Esterhazy, embajador de Austria, el cual se apresuró á notificarlo al de Francia, que á la sazón lo era el general Sebastiani, más adelante mariscal. El 11 de julio el embajador de Luis Felipe escribía al conde Molé, ministro de Negocios extranjeros: «Luis Bonaparte está en Londres. Ningún paso dado por él me había explicado todavía la causa de su presencia en este país, é iba á limitarme á participaros la noticia cuando una conversación que he tenido hoy con el príncipe Esterhazy me ha proporcionado la indicación que deseaba. Este embajador ha venido á hablarme de la visita que le había hecho lady Dudley Stuart (hija de Luciano Bonaparte) solicitando de él su intervención para conmigo. Se desea un pasaporte, ó bien, en el caso en que yo no esté autorizado para expedirlo inmediatamente, obtener en nombre del gobierno del rey y por mi mediación el permiso de atravesar el territorio francés para pasar á Toscana ó á Suiza. He contestado al príncipe Esterhazy que no podía encargarme de semejante demanda; que podría parecerme conveniente dar cuenta á mi gobierno de los propósitos de Luis Bonaparte, pero que no creía oportuno interponer mi mediación en su favor para con V. E. He añadido que no me parecía conveniente para ningún gobierno dar una prueba de interés á ese personaje mezclándose en sus asuntos. El embajador de Austria ha estado enteramente conforme con mi opinión, y anunciará á lady Dudley mi negativa, que comprende y aprueba.»

El gobierno francés se alarmó tan luego como supo la presencia de Luis Napoleón en Inglaterra, y el 19 de julio el conde Molé respondía al general Sebastiani lo siguiente: «He recibido la comunicación en la cual me hacéis el honor de informarme de la llegada á Londres de Luis Bonaparte y de la extraña petición que se os ha hecho de su parte. Os ruego que no descuidéis nada para estar exactamente al corriente de los pasos de ese joven y de sus proyectos de viaje. En el caso en que saliese de Inglaterra, servíos anunciarme en seguida por correo y por telégrafo la dirección que haya tomado.»

El embajador contestó con el siguiente despacho, fechado el 21 de julio: «He recibido la carta en la cual me anuncia V. E. con cuán justa indignación ha sabido el gobierno de S. M. la inconcebible petición de Luis Bonaparte. He hablado inmediatamente con lord John Russel para que disponga que la policía

de Londres vigile los pasos de ese joven, y me ha prometido que informaría á la embajada del rey de cuanto por este concepto pudiera interesarle. Tengo sin embargo que hacer observar á V. E. que la acción de la policía en este país es



El conde Molé, ministro de Negocios extranjeros de Luis Felipe

insuficiente y que es demasiado fácil sustraerse á todas las investigaciones. Creo que en el mismo París podrían arbitrarse medios de vigilancia que el gobierno inglés secundaría con todo su celo, estoy seguro de ello. En todo caso, V. E. puede contar con el mío.»

Desesperanzado de obtener un pasaporte de la embajada de Francia, el príncipe trató de conseguirlo de la embajada de Austria ó de la legación de Prusia; pero el príncipe de Esterhazy y el barón de Bulow le opusieron una negativa absoluta.

Por otra parte, recibía de su madre la carta siguiente, fechada el 17 de julio: «Querido hijo: Me alegro mucho de saber que por fin estás de regreso en Euro-

pa. Siempre es un consuelo, porque esa América está en el fin del mundo. Aquí todos se alegran de volverte á ver, y el cantón dice que eres ciudadano y que una vez llegado allí nadie tendrá el derecho de hacerte salir. Debes, pues, venir pero nadie te dará pasaporte en tu nombre; esto será cuestión ardua, y sin embargo, la Francia quiere ser benévola. M. Desportes me ha escrito, de parte del general Gerard, que al gobierno le parecería muy natural que vinieses á cuidar á tu madre y que te dejarían tranquilo; pero no te dará ninguna autorización, porque en todo caso querrá conservar el medio de expulsarte si inspiras temores. Austria será la más benévola; mas en cuanto á Prusia, lo que podrás conseguir á lo sumo es que vise tu pasaporte. Yo me encuentro mejor en lo general, pero débil todavía, y si puedo ya conciliar el sueño, en cambio no recobro el apetito. Todavía no ando y me sacan á tomar el aire. En fin, creo que tu regreso me hará mucho bien. Recibe un cariñoso abrazo. No quiero extenderme más.»

Siguiendo el consejo de su madre, el príncipe no trató ya de conseguir un pasaporte á su nombre; resolvió valerse de uno librado en los Estados Unidos á favor de un tal Róbinson, y después de haberlo hecho visar por el cónsul de Suiza en Londres, procuró despistar á la policía inglesa y salir de Inglaterra sin que lo supiera. Lo logró. M. de Bourqueney, encargado de Negocios de Francia en ausencia del general Sebastiani, escribía al conde Molé: «Londres, 31 de julio de 1837, á las siete de la noche. Sir F. Roe, jefe de la policía de Londres, acaba de anunciarme que se ha perdido el rastro de Luis Bonaparte, á quien se cree salido para el continente. El sábado 29 se marchó de la fonda en que vivía; su equipaje había sido transportado á casa de un constructor de carruajes á quien recientemente había comprado uno. El criado encargado del equipaje había pedido caballos de posta, y el carruaje cargado partió de Londres. Durante esta especie de mudanza de domicilio simulada, Luis Bonaparte anunciaba su marcha á Richmond en silla de posta; pero se ha detenido en la primera barrera de Londres, y allí ha subido en un ómnibus. Desde entonces no se sabe lo que ha sido de él. F. Roe no duda de que ha alcanzado su coche á alguna distancia de Londres.... La policía inglesa no ha podido darme ningún informe sobre el puerto que ha elegido para embarcarse.»

El 3 de agosto el conde Molé escribía á M. de Bourqueney: «Por el contenido de vuestros despachos, así como por los informes que recibo de la corte de Baden, debo suponer que Luis Bonaparte ha salido ya de Inglaterra. Os diré, para vuestro gobierno, que he escrito al embajador del rey en Suiza diciéndole que no haga nada hasta que la duquesa de Saint Leu haya fallecido ó se haya librado del peligro inminente en que todos los informes que recibo están contestes en representarla. El rey, cuya generosidad es inextinguible, no ha querido, á pesar de la ingratitud y de la inconcebible conducta de Luis Bonaparte, que se separe á este joven de los brazos de su madre moribunda. Pero cuando ésta se haya restablecido ó muerto, no toleraremos que convierta de nuevo la Suiza en foco de sus intrigas, y pediremos categóricamente al gobierno de este país

que se desembarace de un huésped tan incómodo como peligroso. Confío estos detalles á vuestra prudencia; vos apreciaréis lo que puedan tener de confidencial.»

El gobierno francés recibía los informes siguientes en una comunicación de M. de Bacourt, ministro de Francia en Baden, con fecha del 10 de agosto de 1837: «Luis Napoleón ha partido de Londres el 30 de julio con un pasaporte expedido á nombre de Róbinson. Ha desembarcado en Rotterdam, y remontado en seguida el Rhin por el buque de vapor ordinario hasta Manheim: desde allí se ha encaminado por Hechingen á Sigmaringen, adonde ha llegado el 4. Ha hecho una visita á la señora princesa de Hohenzollern-Sigmaringen, que es sobrina de Murat, única persona con quien ha hablado en Sigmaringen, y la cual ha dicho que le había encontrado muy abatido y disgustado de los resultados de su insensata empresa.»

La princesa de Hohenzollern se equivocaba; lo que abatía á Luis Napoleón no era su fracaso de Estrasburgo, sino la inquietud que le causaba la salud de su madre. El 4 de agosto, á las diez de la noche, llegaba á Arenenberg y se echaba en los brazos de aquella madre tan querida.